

D. JULIO ARBOLEDA.

---

ME AUSENTO.

Auséntome, buen Dios, me ausento solo,  
Y todo es soledad por donde paso;  
Y todo está dormido. En el ocaso  
Lento su disco va sumiendo el sol;  
Y expira como expira mi esperanza  
En tristísimo lánguido desmayo,  
Sin despedir ni un moribundo rayo,  
Eclipsado entre nubes su arrebol.

Avánzase la noche tenebrosa,  
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;  
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,  
Ni se oye el arroyuelo murmurar.  
Una pálida estrella solitaria  
Hiende el crespón del cielo nebuloso,  
Y en triste melancólico reposo  
Puede apenas las nubes penetrar.

¡Imagen de mi vida sin ventura!  
¡Estrella solitaria! ¡Aquellas nubes  
Que velan la mansión de los querubes  
Impiden que tu luz llegue hasta aquí!....  
Yo también en la tierra un alma tengo;  
Pero su luz á penetrar no alcanza,  
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,  
Mas ¡ay! ¡la luz!.... ¡la luz no brilla en *mi*!

Entre el terrible estrépito del mundo,  
Ó en esta soledad dulce, sombría,  
Mi corazón palpita de agonía  
Y vive del dolor mi corazón:  
Mi corazón, cuyo latir convulso,  
Perdida la quietud, la paz perdida,  
Le da existencia, como al mar da vida  
El sordo rebramar del aquilón.

¡ Cuán horrible es vivir de la tristeza,  
Agobiada la sien de pesadumbre,  
Y no sentir jamás la dulcedumbre  
Que la fe sólo y la esperanza dan!  
¡ Cuán horrible es amar sin ser oído;  
Que el suspiro entre lágrimas enviado  
No halle jamás el eco deseado  
Que respondiendo, alivie nuestro afán!

¡ Cuán horrible es pensar que yo sucumba  
Al peso irresistible del destino,  
Y divertir con mi clamor contino  
El capricho ó virtud de una mujer!  
¡ Cuán horrible es contar mis tristes horas  
Por las horas acerbadas de mis penas,  
Y sentir la ponzoña entre mis venas  
Sin probar nunca el cáliz del placer!

Ó pensar que un rival afortunado,  
Á quien propicio se mostró su estrella,  
Pueda en su boca deliciosa, bella,  
Vida beber, felicidad y amor.  
Y entre su seno cándido, sūave,  
Verle gozar sus tímidas caricias;  
Y de amor embriagado y de delicias,  
Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor; si alguna vez sus labios  
Á mis ardientes labios se juntaron,  
Y unos en otros el placer buscaron

Llenos de fuego, y vida, y juventud,  
Entonces, cual volcán, cuyo estallido  
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,  
De la pasión el seductor acento  
Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,  
Sustrajo á mi cabeza su regazo,  
Huyendo de mi amor y de mi abrazo  
Y de su propia tímida pasión.  
Y yo la vi de lejos reclinada,  
Puesta la mano trémula en la frente,  
De un caduco deber llena la mente,  
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían  
Sin osarme mirar: húmeda estaba  
Su faz, donde la lágrima brillaba  
Como el rocío en nacarada flor.  
Ahora arrepentida se mostraba  
De haberme rechazado: ora tendía  
La palma, y ordenarme parecía  
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos,  
Como de abejas el dorado enjambre  
De virgen flor al oscilante estambre,  
Que blando mueve el céfiro al pasar.  
¡ Ay! donde yo la vida hallar creía,  
Cual colibrí la miel en la azucena,  
Sólo hallé copa de ponzoña llena,  
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto  
El *solo* grano que la red encierra,  
Y deja de vagar por aire y tierra,  
Prisionero quedando entre la red.  
¡ Oh! ¡ quién pudiera nunca haber probado  
El néctar en sus labios de ambrosía,

Donde mi alma en éxtasis bebía,  
Sin apagar jamás la ávida sed!

¡Pero quise probarle!..... Así el viajero  
Incauto, en los desiertos de Sahara,  
El resoplar del viento deseara,  
Del viento del desierto abrasador;  
Y así sentí cual siente el peregrino  
Al ver llegar la muerte sobre el viento  
Que emponzoña las auras y el aliento  
Con su brazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer; ese el alivio,  
Ese fué de placer el que ofreciste  
Amargo cáliz; eso lo que diste  
Por sola recompensa de mi fe.  
Ahora mintiendo afectos, á engañarme  
Yo no sé qué te impele seductora:  
Conozco que me engañas aun *ahora*;  
Ó tal vez me amarás — yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes  
De mi amor el purísimo santuario;  
No olvides al viajero solitario  
Que vive, que delira para ti;  
Para ti sola, para ti, que diste  
Tormentos á mi alma venturosa,  
Por quien la vida arrastro pesarosa  
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenía,  
Robásteme mi paz y mi sosiego,  
Y en mi tirana te erigiste luego,  
Y yo te amo y siempre te amaré.  
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,  
Quien te prodigue incienso prosternado;  
Yo sólo tengo un corazón llagado,  
Sólo amar sé, y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos  
Otro feliz encantaré tu oído,  
O de célicas formas bendecido  
Su talle altivo ostentará y su faz;  
Pero á *mi* el cielo, de su polvo avaro,  
Me ha negado la atlética belleza;  
Yo no levanto al cielo mi cabeza,  
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido  
De perfección hacer conmigo alarde,  
No por eso, mujer, soy yo cobarde,  
Yo tengo *honor*, aunque pujanza no.....  
Sí, tengo *honor*, el sentimiento excelso  
Que asegura del alma el poderío,  
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,  
Que digna de adorarte Dios creó.

#### NUNCA TE HABLE.

Nunca te hablé..... Si acaso los reflejos  
De tus ojos llegaron desde lejos  
Mis fascinados ojos á ofuscar,  
De tu mirada ardiente, aunque tranquila,  
No se atrevió mi tímida pupila  
Los quemadores rayos á encontrar.

Nunca en mi oído resonó tu acento:  
Si de tu labio el vivo movimiento  
Y tu expresión angélica admiré,  
Al contemplar tu gracia y tu belleza,  
Oculta entre mis manos mi cabeza,  
Tus atractivos mágicos burlé.

Eres un sueño para mí. Á la lumbre  
Del teatro, entre densa muchedumbre,  
Tus seductoras formas descubrí;

Mas si evité tu acento y tu mirada,  
Quedóse en mi alma la impresión grabada  
De la mujer fantástica que vi.

Y desde entonces, aunque de ti me alejo,  
Mi memoria de fuego es el espejo  
Do tu imagen se viene á reflejar:  
Y goza mi rebelde pensamiento  
En darle vida, en inspirarle acento,  
¡Ay! y en idolatrarla á mi pesar.

¡Quizá será mejor! En el misterio  
La mujer, como Dios, tiene su imperio  
Y la duda alimenta al corazón.....  
No rasgue el velo mi profana diestra  
Que oculta á la mujer y al ángel muestra  
Y me deja en poder de mi ilusión!

Tiemblo al quererte oír. Deja que tema;  
Porque acaso tu acento también quema  
Y á consumir mi corazón vendrá;  
Mi corazón por el dolor gastado,  
Que, á un oscuro rincón ya relegado,  
Entre ceniza y lágrimas está.

Porque, á la luz y á la belleza esquivo,  
Yo, como el buho, en los escombros vivo  
De las pasiones que por fin vencí.  
Y en mi lóbrego albergue estremecido  
Sólo aspiro á la paz que da el olvido,  
Ya que el amor y el mundo huyen de mí.

Y jamás te hablaré. Pero consiente  
Que aquí estas líneas deje reverente  
En señal, no de amor, de admiración.  
Las escribo sin fe, sin esperanza,  
Aunque, donde el cariño no se alcanza,  
Alcánzase el desprecio ó el perdón.

#### AL CONGRESO DE NUEVA GRANADA.

Doquiera se reúnen mis nobles compatriotas,  
Doquiera bulle el genio ardiente de Granada,  
La libertad germina, la libertad amada,  
Que en mil combates fieros supimos conquistar.  
No soy de los que piensan que una reunión de ilotas,  
Baldón de nuestra patria, se encuentre en su Congreso:  
Os reconozco libres ¡oh padres!, ¡y por eso  
Desde mi cárcel lóbrega os quiero saludar!

Yo sé que sabios, fuertes al par que poderosos,  
Sabréis poner un dique al rápido torrente,  
De cuyas turbias ondas el ímpetu vehemente  
Arrastra, casi exánime, la ahogada libertad.  
¡Oh padres! vuestros brazos fornidos, valerosos,  
Á la defensa vengán del pueblo granadino,  
Y cambien, con un golpe, su rígido destino,  
Tornando á nuestras leyes su antigua majestad.

El código sagrado do están nuestros derechos,  
Guardemos cual se guarda el ángel en la cuna;  
Hagamos que se oponga tribuna á la tribuna,  
Mas no que á la tribuna se oponga la prisión.  
La fuerza á la palabra, á la razón los hechos,  
Oponen los tiranos al crimen avezados:  
Tal fuera la doctrina que en tiempos olvidados  
Siguió en sus conversiones la negra Inquisición.

¿Por qué, si fué sincero el déspota arbitrario,  
Que quiso se ensanchasen los lindes de la prensa,  
Adoptan sus satélites por única defensa  
Llevarnos á la cárcel con mano liberal?  
¡Oh padres! ¿somos libres aquí do el mandatario  
Impónele sus grillos al pensamiento mismo,  
Y donde se contesta severo silogismo  
Con una cárcel lóbrega y el filo del puñal?

¡Ved á la noble Roma ! su esclavitud empieza  
Desde que el pueblo tímido desierto deja el foro,  
Y desde que le impiden que en numeroso coro  
Celebre con estrépito la voz del orador.  
El que habla ante los pueblos se viste de firmeza ;  
No es escritor anónimo, detesta la mentira ;  
Por sus palabras mágicas, que el patriotismo inspira,  
Le empeña á la República la prenda de su honor.

La voz de los Demóstenes salvó á la sabia Atenas ;  
La voz de los O'Connells se asocia al raudo viento,  
Y el pueblo, entusiasmado por su sonoro acento,  
Conquista á pasos rápidos su antigua libertad.  
Nuestro tirano en tanto, forjando sus cadenas,  
Nos dice con acentos hipócritas, fingidos :  
« Tenéis libres los ojos, esclavos los oídos—  
Proteje la calumnia, persigo la verdad. »

Y dicen sus sectarios : « ¡ Sois libres, granadinos !  
¡ Cargadas de cadenas escriben vuestras manos,  
Y sufren, sin embargo, los que llamáis tiranos,  
Que salga de las cárceles el grito del dolor ! »  
Los mártires cristianos sus cánones divinos  
Murieron defendiendo en la incendiada hoguera,  
Y *libres* exhalaban su queja lastimera,  
Porque era con su espíritu la gracia del Señor.

Así cuando nosotros obramos *libremente*  
La muerte desafiando, que en premio se nos brinda,  
Sabemos que la tumba nos libra, y nos deslinda  
Del absoluto imperio del bárbaro servil ;  
Y emancipando el alma libérrima y ardiente,  
De todos los esfuerzos del pérfido tirano,  
Decimos : — ¡ *Somos libres !* — dejando el barro humano  
Á que entretenga el látigo, la cárcel y el fusil.

Decid : ¿ seremos libres aquí, donde los jueces  
Absuelven el delito, condenan la inocencia,  
Y esperan que el tirano les dicte la sentencia

Que máquinas estúpidas repiten al copiar ?  
¿ Aquí, donde arrastrado por bárbaros soeces  
Á oscuros calabozos, el pobre ciudadano  
Emite el voto tímido, y prueba del tirano  
La voluntad despótica, cual siervo, á adivinar?.....

Ved la horda de bandidos que cruza nuestra tierra,  
Sorprende nuestras vírgenes, arráncales del lecho,  
Y de sus labios trémulos, con el puñal al pecho,  
¡ Exige..... exige un crimen, gritando libertad !  
Y débele al Gobierno las armas con que aterra :  
El grito ¡ viva López ! indica el atentado,  
Y de ese nuestro déspota el nombre pronunciado,  
¡ Es prueba de delito, señal de impunidad !

¡ Oh jóvenes magnánimos, que el lúcido camino,  
Trillado por los mártires, seguís entusiasmados—  
¡ Venid ! llenad las cárceles, que purgan los pecados  
De amor á nuestra patria, á Dios y á la virtud !  
¡ Venid ! ¡ seréis las víctimas, y el pueblo granadino  
Verá con reverencia el ópimo tributo,  
Que, por guardar el orden, al déspota absoluto—  
Á López el tirano—pagó la juventud !

Dejad que los Areópagos condenen á los justos ;  
Dejad que los Nerones ordenen su suplicio :  
De Sócrates y Séneca al duro sacrificio,  
Hasta los siglos últimos darán su admiración.  
De la virtud vosotros apóstoles augustos,  
Seréis como los faros que marquen á lo lejos  
Del tiempo en el Océano, con lúcidos reflejos,  
Los triunfos incruentos de Dios y la razón.

Contemplan entretanto con ávida mirada  
De estúpidos placeres la saturada esponja,  
Y chúpénla, y en medio de pródiga lisonja,  
Celebren nuestros déspotas su cínico festín.  
¡ Sigamos ! la materia dejemos olvidada :  
¡ Sigamos ! y el espíritu al cielo encaminemos :

Que gocen los tiranos: nosotros gozaremos,  
Cuando ellos en el túmulo padezcan de Caín.

Confíemos, entretanto, que el cuerpo poderoso  
Do ocupan sus curules los dignos elegidos,  
Ministros de las leyes, del pueblo los ungidos,  
Sabrá salvar enérgico la ahogada libertad.....  
¡Oh, sí! ¡Que del Congreso el brazo valeroso  
Á la defensa venga del pueblo granadino,  
Y cambie, con un golpe, su rígido destino,  
Tornando á la República su antigua majestad!

Cárcel de Popayán, 7 de Marzo de 1851.

### GONZALO DE OYON

#### PRELUDIO.

Voy recorriendo pensativo y mudo  
Con paso lento, la esmaltada falda  
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,  
Precipita su rápido caudal.  
De lo pasado en el abierto libro  
Mis ojos por las páginas errantes  
Leyendo van de los que fueron antes  
La virtud, el delito, el bien, el mal;

Y los siglos, que ruedan envolviendo  
Hechos y nombres en común ruina,  
Cuya planta pesada peregrina  
Dejando en pos olvido y destrucción;  
Los siglos se presentan apiñados,  
Leve punto en el tiempo do se hundieron,  
Y donde, en su naufragio, confundieron  
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ay! los ínclitos varones  
Que cansaron la fama, á cuyos hechos

Los límites de un siglo eran estrechos,  
Que, abrumado, á su peso se rindió?  
El más feliz al tiempo lanzó un nombre.  
¡Un nombre! ¡Una palabra sin sentido,  
Esparce leve al huracán cedido!  
¡Ligero corcho que á la mar cayó!

Mas á tu voz ¡oh patria! cuyos ecos  
Repite el corazón, la débil mano  
Extiendo (y por ventura extiendo en vano);  
Y tras un nombre me verán correr.  
¡Esfuerzo inútil, desigual combate  
De endeble enano con gigante atleta!  
Mas ¡ay! ¡sucumba el mísero poeta,  
Y pueda el nombre vida merecer!

¡Ven, pues, memoria, ven! Tú eres tormento  
Del desgraciado á quien tu peso oprime;  
Á tu lúgubre aspecto el hombre gime  
Viendo surgir el olvidado mal.  
¡Eres, memoria, espejo donde arde  
El sol de la desdicha concentrado;  
En un foco, en un rayo, lo pasado  
Reflejas sobre el tímido mortal!

¡Ven, oh memoria, ven! La patria mía  
Es semejante á su infeliz poeta:  
La desgracia también, con mano inquieta,  
Meció su cuna, marchitó su sien;  
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,  
Camello abandonado en el desierto,  
Sigue abatida su destino incierto,  
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles  
Secos, y uno por uno deshojados;  
Crujen sus torreones encumbrados,  
Tristes sus lindas vírgenes están;  
Y combatido de las recias olas

Que la barbarie por doquier subleva,  
Su glorioso estandarte en vano prueba  
El soplo á resistir del huracán!

Y allí mis hijos, de la madre en torno,  
Lloran sin quien á consolarlos vaya,  
Vuelta la vista á la remota playa  
Á do el común tirano me arrojó;  
Y allí mi madre su viudez arrastra,  
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,  
La náufraga infeliz, que á cada ola  
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡Payán! ¡Payán! en tus anales veo  
Siempre la flor guardada por espinas;  
Al roce de sus hojas purpurinas  
Punzante abrojo con mi mano da.  
Si las dispersas, mutiladas hojas  
Tímido exhibo sin color ni vida,  
Es que mi mano ¡oh patria! dolorida,  
¡Es que mi mano sin vigor está!....

¡Mas ven, memoria! y atrevida arranca  
De las hojas del libro del olvido  
Una desgracia más. Prestad oído  
Á mi canción, vosotros que lloráis.....  
Pero no; no me es dado las desgracias  
De Gonzalo cantar, porque la lira  
Mejor no pulsa quien mejor suspira;  
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

### PUBENZA.

#### CUADRO PRIMERO.

El héroe ibero con prudente tino  
Lo que al valor debió, guardar sabía;

De Payán el imperio obedecía  
Á Benalcázar, lidiador tenaz;  
Y las tribus de bárbaros errantes,  
En torno unidas de la cruz izada,  
La cara independencia abandonada  
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria  
Del cacicazgo; el hijo generoso  
Entre suplicio bárbaro espantoso,  
Rindió la vida á su Criador también;  
Y no quedaba de la clara estirpe,  
Para baldón de un héroe y su vergüenza,  
Sino la hermosa, angelical Pubenza,  
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,  
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,  
Y á la vista del can, yace en acecho,  
Con sus ojos de púdico temor;  
Pura como la cándida paloma  
Que de la fuente límpida al murmullo,  
Oye, al beber, el inocente arrullo,  
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,  
Al despuntar benigna primavera,  
Modesta ostenta, virginal, primera,  
Su belleza en el campo, sin rival;  
Tierna como la tórtola amorosa,  
Que arrulla viuda, y de su bien perdido  
La dura ausencia en solitario nido  
Llora, y lamenta su incurable amor;

Brillante como el sol, cuando refleja  
Sus rayos el cristal de la montaña,  
Si ni la lluvia, ni la nube empaña  
Su naciente, purísimo esplendor;  
Majestosa cual palma que se eleva,

Y ostenta en la vastísima llanura  
Su corona imperial y su hermosura,  
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban  
El dolor y la negra pesadumbre,  
Y de sus ojos la apacible lumbre  
Empañaba una lágrima fugaz;  
Y la vida arrastraba silenciosa,  
Devorando su mísero tormento  
Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento  
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza; en ella el alma, todo  
Respira amor, pureza y hermosura;  
El hechizo en sus ojos, la dulzura  
Vaga sobre sus labios de clavel;  
Juega el blando placer modestamente  
Con las esbeltas formas de la indiana;  
India en amar, en resistir cristiana,  
Era su pecho á la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡Malhadada  
Aun la heroica virtud de la princesa!  
Nada han valido; que sobre ella pesa  
El yugo del despótico señor.  
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;  
Hermano tuvo, mas también ha muerto;  
Y el mundo para ella es un desierto,  
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores  
Paz y felicidad le prometieron;  
Pero esos tiempos rápidos huyeron;  
¡Huyeron, sí, no volverán jamás!  
Huyeron, como nube del desierto  
Al ígneo soplo de huracán airado;  
Y quedóle el recuerdo del pasado,  
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo y nada más!

Entre las huestes que la madre España  
Desbordó sobre un mundo de repente,  
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,  
De amor y gloria espléndido adalid.  
Clara es su raza en bélicas hazañas,  
Que en esos tiempos la virtud guerrera  
Temprana herencia de los hijos era:  
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,  
Desnudo aun de la flotante pluma,  
Precipita de lo alto hasta la espuma  
Que hierve abajo en el bramante mar;  
Ó cual león que por la selva ruge  
Con el cachorro al lado, y se embelesa  
Viéndole abalañar sobre la presa  
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,  
Que aspira, entre perfumés y mujeres,  
El aire enervador de los placeres,  
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón:  
Una piedra la almohada del guerrero,  
La tierra era su lecho suntüoso;  
Su alma en la gloria hallaba su reposo,  
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,  
Dejó doquier los rastros de su gloria,  
Sin que un recuerdo diese á su memoria  
De la historia veraz la gratitud;  
Y á su lado también lidió valiente  
Alvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano  
Que fué después y se llamó *el Tirano*,  
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,  
Alvar del mundo injusto separóse,  
Pero su pecho de venganza hinchóse